

HOMILIA ORDENACION GUILLERMO IBARRA  
San Fernando, sábado 26 de septiembre 2020.

Querido Guillermo:

Por fin vas a ser ordenado hoy sacerdote. Es un regalo ser elegido por el Señor para la misión. Jesucristo te llama y envía como a los discípulos, para que anuncies el Evangelio, para llevar la Palabra de Dios a todos los rincones de la tierra, trasladando a nosotros las palabras del profeta Isaías que se cumplen antes en él: “el Señor me ha ungido, me ha enviado para dar la buena noticia a los que sufren, para vendar los corazones desgarrados, para proclamar la amnistía a los cautivos, y a los prisioneros la libertad” (Is 61, 1-3). Jesús nos transmite esta vocación de Dios, nos envía a hacer discípulos de todos los pueblos (Mt 28,19), y nos acompaña con su confianza y su protección.

En Jesucristo está la salvación. El núcleo de la misión es que la gente pueda encontrar a Cristo a través de nuestra vida cambiada. La sociedad necesita testigos de Cristo significativos en su ejemplo, su vida y opinión, para nutrirse de la sabiduría de la tradición cristiana. En estos testigos hallarán respuesta en su búsqueda y bálsamo para sus heridas y angustias. Los que han recibido la misión invitarán a todos a la confianza, no se sentirán solos ni tendrán miedo a nada, porque Dios les protege. Nada tan necesario y urgente como recuperar el primer anuncio que propone el encuentro con la Persona de Cristo que vive en su Iglesia. Jesucristo es el Señor, en Él y en nadie más que Él, está la salvación. Por tanto, no pretendas más que predicarle, ofrecerle, darle a conocer, con decisión, optimismo y buena voluntad, sabiendo que Él mismo pone el resto, la gracia. Si comprendes así tu misión serás muy feliz, Él te hará muy feliz.

Dios sigue caminando con la humanidad doliente y quiere llegar a todos con la Buena Noticia. Jesucristo es el que les da la seguridad. Los enviados por el Señor están revestidos de una fuerza sobrenatural para enfrentarse a las dificultades. Ni los peligros más grandes podrán contra ellos. Sin embargo, San Pablo recuerda a los presbíteros de Éfeso: «Tened cuidado de vosotros y del rebaño que el Espíritu Santo os ha encargado guardar, como pastores de la Iglesia de Dios, que él adquirió con su propia sangre”, y les advierte de los lobos feroces que “se meterán entre vosotros y que no tendrán piedad del rebaño” (cf. Hch 20, 18.28-32). Nada tiene de extraño, puesto que el Señor pidió antes a los discípulos (cf. Lc 10, 1-2) que fuesen de dos en dos como corderos en medio de lobos, que no llevarsen nada, que la tarea encomendada tiene preferencia por encima de todo, que serían portadores de paz y la entregarían a todos los que la quisieran recibir. De este modo, los discípulos deben confiar no en su propia fuerza, sino en el poder de Dios. ¿Y qué les sucedió? ¿Qué relatan los discípulos al regresar de la misión? ¡Estaban impresionados de lo que había sucedido! “Llenos de alegría” -nos dice el Evangelio- contaron a Jesús: “Señor, ¡hasta los demonios se

nos someten en tu nombre!”. Es decir, el lobo y los lobos, se sometieron a los corderos. Dios pudo realizar prodigios a través de esos “corderitos”, a pesar de los “lobos”. Ellos, sin embargo, no están contentos sólo por ese “poder” que han recibido, por que el gozo y la alegría están justificados, sino por la promesa de Jesús: “vuestros nombres están inscritos en el cielo” (Lc 10,20).

“Estad alerta”, dice San Pablo. Es muy importante saber que existe el mal, pero, sobre todo, que existe el Bien, porque debemos recordar que el bien tiene siempre la oposición del mal. El mal es un verdugo impío, implacable, pero no tiene la última palabra: la tiene la verdad y el amor (“la verdad padece, pero no perece”, dice Santa Teresa). Así es: vence la paciencia, la fe, la gente honesta, la gente fiel, esto es, los que son fieles. La Iglesia vive de la comunión, de la fraternidad, vive por el amor, no del politiquero ni de la polémica mediática, ni del espectáculo circense. El bien no hace ruido ni tiene prisa.

Querido Guillermo: el ritual te recuerda también que has de apacientar el rebaño dejándote guiar por el Espíritu Santo, y después nos invita a pedir para ti “espíritu de santidad”, y, al ungirte con el crisma, imploramos el auxilio del Señor para que apacientes el pueblo de Dios. Vive muy unido al Espíritu Santo que va a tocar tu corazón y, a través tuyo, a aquel que está necesitado de Cristo y de su salvación. Ciertamente todos necesitamos conversión pues es verdad que el mal y el pecado afectan también a los hombres de Iglesia. Considera que la iglesia tiene siempre necesidad de reforma -*Ecclesia Semper reformanda*- pero recuerda que quienes renuevan la vida cristiana son los que viven la fe, los que rebosan de caridad y de obediencia. Ellos son los mejores testigos de la acción de Dios, porque saben que a la Iglesia no la salva ningún hombre, no es meramente humana; entienden que no tienen que salvar la iglesia, porque ha sido ya salvada por Cristo. El creyente verdadero sabe que cumple su misión solo si es verdadero colaborador de Cristo, que es quien ha consumado la misión. “Si permanecéis en mi y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y lo conseguiréis” (Jn 15,7-8).

También hemos pedido en la oración colecta que busques tan sólo la gloria de Dios. Ciertamente esa es tu intención, pero piensa que en la práctica se trata de pertenecer siempre al Señor y quitar lo que pueda disputarle la posesión de nuestra persona, y para eso hay que romper cualquier caparazón que nos cierre, que impida que actúe el Señor en nuestra alma, por lo que necesitamos que se ablande el corazón con la lluvia de la gracia, por medio de la oración y de las buenas obras ofrecidas con nuestra colaboración. La riqueza inestimable de la vida de un pastor es dejarse guiar por el Señor para servirle y servir. Parece que no cambia casi nada, pero en realidad cambia todo en la vida. Al final siempre se trata de lo mismo: estar con el Señor agradeciéndole tanto bien recibido y poniendo todo lo que somos y tenemos a su servicio y al de su Iglesia.

Vas a prometer “predicar con dedicación y sabiduría”. En efecto, estamos obligados a vivir y defender la fe, que también en nuestro tiempo se ve puesta a prueba. Pero la fe no es una pieza de museo: está arraigada en nosotros, y, si está viva, ha de hacernos vivir. La fe recibida en el pasado nos hace poner toda la creatividad pastoral posible en el

presente con la confianza y esperanza puestas en el futuro. Vivimos en una época en la que el pensamiento débil abunda en la apología de lo efímero, en la que el tener es más importante que el ser. El Señor reclama un cambio de actitud y en la manera de obrar, especialmente necesario hoy, cuando la cultura actual provoca un «apagón» de la conciencia moral que deja al hombre a oscuras, con una libertad sin norte y totalmente sometida al relativismo. Además, la debilitada conciencia del pecado corre el riesgo de llevarnos a fijarnos simplemente en nuestro estado de ánimo en vez de denunciar el propio pecado y abrirnos a la conversión. Solamente una iniciación cristiana seria y completa, un auténtico catecumenado, nos adentra en la vida de Cristo y nos hace vivir y sentir con Él. Cuida con mimo la comunidad cristiana, pues es donde podemos encontrarle vivo y resucitado.

Hoy te ofreces a Cristo y te consagras a Dios para la salvación de los hombres. Ofrecer la gracia de la redención es el servicio más urgente y necesario para este mundo herido, sobre todo en el matrimonio y la familia. No olvides el primado de la gracia. Con la gracia de la redención que trae el Señor, se puede reconstruir lo humano que se ha deshumanizado, una vez que las visiones cerradas a la trascendencia han mostrado su poder destructivo. El ejemplo de vidas cristianas santas, coherentes y alegremente vividas, es el medio más eficaz para dar un poco de oxígeno a esta cultura que a veces se asfixia por su cerrazón a la trascendencia. Por todo ello has de orar sin desfallecer, como vas a prometer.

“Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve”, nos dice Jesús en el evangelio (cf. Lc 22, 14-20.24-30). La imagen del pelicano con la que se representa tradicionalmente a Cristo dando la vida por los suyos sigue provocando en los sacerdotes una entrega hasta dar la vida a la medida de Jesús, el Buen Pastor. En la Eucaristía está tu hogar, tu escuela, tu refugio, tu motor, el corazón de Cristo, tu propio corazón. Entra en el corazón del Señor de la mano de María, quien derriba los tronos de apariencia y enaltece a los humildes.

Todos pedimos hoy por ti para que perseveres en esta preciosa vocación y misión que el Señor te ha entregado. Quiera Dios que al término de tus días escuches de Cristo resucitado las palabras del evangelio de hoy: “Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas, y yo os transmito el Reino como me lo transmitió mi Padre a mí: comeréis y beberéis a mi mesa en mi Reino, y os sentaréis en tronos para regir a las doce tribus de Israel” (Lc 22, 14-20. 24-30). Que el Señor te acompañe siempre y bendiga con el don de la fidelidad, pues será la mayor bendición para nosotros y para toda su Iglesia. AMÉN.